

ginoso, el chisme, la calumnia, el pelambrillo, toda esa utilería deleznable que se mueve desde la sombra. Jamás se le presentó batalla abierta. Se sabía que estaban de su parte la verdad y la justicia, y la iniquidad, el abuso y el prejuicio no le darían combate. Pero se le dejaba vociferar en la soledad como un demente, se cerraban las puertas a su paso, se buscaba mañosamente el punto débil para herirlo. Al fin el gigante quedó atado en tierra por las finas cuerdas de los liliputienses. Perdió sus cargos de profesor y Vicerrector de Liceo, se le arrojó a la soledad y a la pobreza, se echó un pesado silencio de aguas muertas sobre sus obras y su nombre. Y esa obra es de una pureza moral deslumbradora, de una audacia estupenda, de una calidad artística superior en muchos pasajes. «Cuando la literatura chilena tenga un alma,—dice el señor Molina—se hará en ella un sitio de honor a la obra de Alejandro Venegas». La friolidad imperante en nuestra literatura ha retardado la hora de la justicia póstuma para Alejandro Venegas. Pero el ensayo que le consagra don Enrique Molina constituye un homenaje magnífico y es un fiel espejo de las altas cualidades y las virtudes de su héroe. Agradecemos al señor Molina esta ofrenda que deposita en la tumba olvidada de su amigo del alma y unamos en nuestra gratitud su nombre al de aquel luchador magnánimo que inmoló su profesión, su tranquilidad, su derecho al amor, y tal vez su vida, por levantar de la frente del humilde el pesado yugo de la injusticia y por librarnos a todos de la estratificación del pensamiento y la tiranía del convencionalismo.—DAVID PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At185-12NCFS10012>

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS DE AMÉRICA, por Arturo Torres Rioseco.—Editorial Nascimento. Santiago, 1940.

Los estudios críticos, panoramas e historias de literatura americana, son generalmente acogidos con interés. Es verdad

que nunca faltan comentarios con puntos de vista distintos, observaciones respecto a fechas, errores de lenguaje y omisiones. Pero, por otra parte, se ve la falta de historias literarias, de guías bibliográficas, de antologías, de buenos panoramas y bosquejos de las letras de cada país, y aun existe la dificultad de reunir toda la producción de cada uno de los autores. Con todo esto se comprende, al fin, que son numerosos los tropiezos para llevar a cabo esta clase de obras. De esto se desprende también, que sean pocos los escritores que se dediquen a la investigación y estudio de la vida intelectual de nuestro continente. Pero no faltan voluntades que logran salvar los obstáculos, para entregarnos luego, libros de tanto interés como «Novelistas Contemporáneos de América».

Arturo Torres Rioseco, profesor, poeta y crítico chileno, que en 1932 diera a su patria un bello libro lírico, «Ausencia», entrega hoy un grueso volumen de estudios sobre novelistas representativos de hispanoamérica.

¿Cómo ha realizado tal empresa?

El prólogo nos lo explica, en la última parte dice: «mis agradecimientos a la Fundación Guggenheim por haberme facilitado los medios para viajar por América hispana en busca de materiales para mis estudios». Nos preguntamos, en seguida. ¿Qué ha hecho Arturo Torres Rioseco para ser agraciado en tal forma? Nos informamos después sobre la labor de nuestro compatriota, y sabemos que ha realizado una magnífica carrera universitaria, digna de ejemplo para los estudiantes de nuestras universidades.

Torres Rioseco partió hacia Nueva York, recién egresado de nuestro Instituto Pedagógico, en 1918. Allá comenzó trabajando como Instructor en Williams College. En este período, el profesor y a la vez escritor, continuó estudiando, perfeccionando su condición de intelectual, hasta lograr grados académicos. En 1921 enseña en la Universidad de Minnesota, y adquiere el título de Doctor en Letras, alcanzando la posición de Profesor

de Literatura Hispanoamericana. Gracias a los recursos que proporciona la docencia en Estados Unidos, viaja en 1924 por Europa. Un año más tarde pasa a servir en la Universidad de Texas. Después de algunos años, en que nuestro compatriota desarrolla una labor llena de méritos, pasa a la Universidad de California con sede en Berkeley. Esta es la época en que sus actividades se redoblan. Aun en los períodos de vacaciones, Torres Rioseco, dicta cursos en diferentes Escuelas de Verano. Después enseña Literatura Española en el colegio femenino «Barnard», de Columbia. Luego pasa a dar algunas conferencias a un colegio privado para niñas, en Pensilvania y, por último vuelve a su cátedra de permanente de Berkeley, con su título de Doctor en Filosofía y Catedrático de Literatura Hispanoamericana.

La labor de Torres Rioseco no es sólo docente. Es redactor de «La Revista Iberoamericana», co-redactor de «Books Abroad» y de la «Revista Hispánica Moderna». Además es miembro del Consejo de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Harvard, de la «Hispanic Society of América»; de la «Asociación de Profesores Norteamericanos» y de la «Academia Mexicana de la Lengua». Torres Rioseco ha conquistado todo esto gracias a su esfuerzo, a su obra pedagógica, a sus libros de poesía y a sus aportes bibliográficos y estudios críticos.

Hemos leído su último libro «Novelistas Contemporáneos de América», que es la continuación de «La Novela en América Hispana», publicado en California en 1939, componiéndose de tres capítulos: I, La Novela Colonial; II, La Novela Tradicional en el siglo XIX; y III, La Novela Criolla. El índice de estos títulos informará de que se trata sólo de un bosquejo sobre la novela iberoamericana en general. Ahora en «Novelistas Contemporáneos de América», estudia únicamente algunos escritores representativos del siglo actual. El libro se divide en tres partes: I, La Novela de la Tierra, en que estudia a Ma-

riano Azuela, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y Benito Lynch. La II, La Novela de la Ciudad, en que aparecen Eduardo Barrios, Manuel Gálvez y Joaquín Edwards Bello. La III, La Novela del Modernismo, donde coloca a Carlos Reyes, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Prado y Rafael Arévalo Martínez.

Faltarán algunos nombres, sin duda, de escritores sobresalientes, en estos estudios. Y algunos de estos que no parecen estarán considerados tal vez como de mayor categoría, más difundidos y de mayor relieve artístico. Pero todo esto sucede así. Muchos se convencerán del complicado problema de la selección.

En lo concerniente a nuestro país, vemos que está representado por tres novelistas bien conocidos. ¿Son éstos los que han de satisfacer a nuestros críticos y hombres de letras? Dos de ellos tratados en el capítulo de La Novela de la Ciudad, y uno en La Novela del Modernismo. ¿Y en La Novela de la Tierra, ningún novelista chileno? ¿Qué ha sucedido? ¿Nadie ha novelado los motivos de nuestra tierra? ¿Ninguno ha extraído, dentro de su ambiente, la psicología de nuestros campesinos? ¿Nadie ha logrado condensar e interpretar nuestros paisajes y las características del tipo chileno? Resulta un problema. Siempre se ha dicho, entre los chilenos, que el campo y sus huasos ha invadido el cuento y la novela nacional. Quizás, las obras de nuestros escritores criollistas no sean lo suficiente meritoria como para presentarlas junto a las producciones de los demás novelistas americanos. Quizás. Lo que encontramos es que Chile tiene sus novelistas de la tierra, y que éstos son considerados de mayor importancia que los que han hecho la novela de la ciudad y del modernismo, según la clasificación de nuestro crítico. Vemos en este problema, que es cuestión de apreciaciones, Pero indica, desde luego, que se debe tener mayor cautela para mirar lo que se produce, y establecer el mérito de las obras.

Torres Rioseco, al tratar los escritores traza un «retrato

literario» de cada uno; da su apariencia personal, datos, aspectos psicológicos, etc. Gracias a su estilo flexible, al conocimiento de la materia y a su fino tacto crítico, la lectura se hace amena y provechosa, porque la forma de hacer sus estudios tiene cierto carácter docente, didáctico, expositivo y a la vez de análisis crítico. Digamos se une la didáctica y la crítica literaria. Siendo este método útil por una parte y valioso por la otra. Esta clase de obras hacen falta en todas partes, porque en ellas se encuentra todo lo relacionado con un escritor.

Los «Novelistas Contemporáneos de América, es sin lugar a dudas, un libro valioso para el conocimiento de las letras de nuestro Continente. Aquí vemos hasta dónde se nos conoce, y el lugar que ocupan nuestros escritores con relación a los demás países. Sin duda, que no estamos mal representados. Pero existe un Augusto d'Halmar y un Mariano Latorre, un Alberto Romero y un Luis Durand. Valores que en otra ocasión ojalá no sean olvidados.

Arturo Torres Rioseco, con su obra reciente se ubica entre los mejores críticos sudamericanos, tanto por su fina penetración literaria como por su interpretación, tanto por la forma y el estilo claro de sus estudios.—FRANCISCO SANTANA.



EL MAESTRO DE SOLEDADES, por *Roque Esteban Scarpa*.—Editorial Padre Las Casas, Santiago

Si ahondamos en el contenido, en la raíz misma de la etapa histórica que nos ha tocado vivir, encontraremos no sólo en ella sino en los entendimientos más ilustres que la conducen, una resultante espiritual invariable: su pasión por el hombre. Porque es evidente que asistimos al descenso de una cultura y al advenimiento de otra, siendo las resquebrajaduras ideológicas, a menudo tan profundas, que se ha perdido la fe en todos o en más de